

e n s a y o

DULCINEA, POÉTICA DE AMOR EN EL QUIJOTE

MARCO AURELIO RAMÍREZ VIVAS*

Resumen

Dulcinea del Toboso, que a don Quijote le inspirara la humilde campesina Aldonza Lorenzo, ha sido el personaje femenino más famoso y afortunado del mundo moderno. No obstante, la dama de los sueños del caballero de la Mancha contraviene el canon tradicional que debía tener un personaje como entidad literaria: poseer un nombre, una caracterización, un discurso y una acción. La dama del Toboso apenas tiene un nombre y un perfil psicológico a merced de los caprichos del personaje que la dibuja. Carece de discurso y de acción. Para colmo, su existencia literaria no se halla en el marco del espacio y el tiempo de la novela sobre el Caballero de la Triste Figura, sino en la imaginación de cada uno de los personajes que la prohíjan, bien desde la idealización o de la burla. Sin embargo, la sin par señora de don Quijote logra trasponer esas barreras insalvables para convertirse en la mujer ideal que, desde el barroco español, brilla, en el mundo etéreo de la imaginación, como poética de amor, no sólo para el enajenado Alonso Quijano, sino para el hombre moderno.

Palabras clave: Dulcinea del Toboso, poética de amor, don Quijote.

• THIS WORK IS RESPECTFULLY DEDICATED TO THE LATE JOSÉ (PEPE) BARROETA, POET

Abstract

Dulcinea del Toboso, inspired by the humble peasant girl Aldonza Lorenzo, has been one of the most famous and fortunate characters of the modern era. However this may be, don Quixote de la Mancha's lady goes against the tradi-



Ilustración: Susana Suniaga

tional canon which requires that a character possess not only a name, but also a developed personality, a style of dialogue and a mode of action. La Dama del Toboso can hardly be said to have a psychological profile shaped by the tender mercies of her creator. She lacks both discourse and action. Over and above these shortcomings, her existence as a literary figure is not in the same paradigm of space time which marks the novelesque Knight of the Sad Countenance. She exists only in the imagination of each character to whom she makes herself manifest—whether this manifestation take the aura of idealization or that of mockery. And yet, Don Quixote's Lady Without Peer overcomes these inevitable hindrances, she does, despite all, become the ideal woman, from whom, in the Baroque Spanish, glimmering in the ethereal realms of the imagination, emerges the poetics of love— a glimpse not merely apparitional in the eyes of an enraptured Alonso Quijano, but an ideal of love available to modern man.

Keys words: Dulcinea del Toboso, the poetics of love, don Quixote.

Al poeta José (Pepe) Barroeta

Para elucidar a Dulcinea como poética de amor en el *Quijote*, veremos primero su rol de personaje. Dulcinea posee un nombre y una caracterización, más no un discurso, ni mucho menos desempeña una acción en su función actancial. Allen (1990: 849), va más allá de lo afirmado sobre el personaje: “Claro está que no hay ningún «desarrollo» de Dulcinea en la obra de Cervantes en el sentido corriente de la palabra, ya que no existe, ni siquiera como un personaje «ausente», en la novela...” Su papel queda a merced de la retórica del narrador, de Cide Hamete, de don Quijote, de las contrafiguras del hidalgo (los mercaderes de Toledo, Ginés de Pasamonte...) y de Sancho (Maestro, 2005): “...Dulcinea está a la disposición de cualquiera de los personajes de la novela para manipular al caballero pero se presta igualmente a las manipulaciones conscientes e inconscientes del protagonista mismo...” (Allen, 1990: 849).

En los preliminares del primer *Quijote*, el caballero manchego es presentado como un «casto enamorado» y «valiente caballero», y Dulcinea como dama pura y honorable. En el soneto, “La Señora Oriana a Dulcinea del Toboso”, la dama de Amadís, con cierta amargura, dice a la dama de

don Quijote que añoraría que su palacio londinense estuviese en el Toboso, que la belleza de la manchega la adornara, y ella pudiera mirar con orgullo alguna lid de don Quijote. Luego, Oriana destaca la castidad de Dulcinea que hizo felicísima a la dama castellana, que ella no guardó con Amadís, por ello es una señora triste a causa de su desliz (Cervantes, 2005: 19-20).¹ Castidad de Dulcinea trocada en honor, la virtud excelsa de la España del Siglo de Oro. No obstante, Solisdán, en otro poema, recrimina al Quijote por no conquistar verdaderamente a su señora: si la dama desplanta al caballero y no se conduele de sus penas es porque su escudero no medió bien en los amores de su amo, y don Quijote quedó como «no amante» por no cautivarla (p. 24). En el prólogo y en estos dos poemas laudatorios, la relación de amor entre don Quijote y Dulcinea se enuncia entre lo ideal y lo real: don Quijote es casto y valiente; y Dulcinea, asimismo, es casta y honorable. Sin embargo, la dama rabia por la actitud pusilánime de su amado por no osar seducirla. De ese amor ideal entre don Quijote y Dulcinea, que disipa el fragor de lo real, sólo va a quedar una poética que trataremos de auscultar.

Alonso Quijano —seleccionadas sus armas maltrechas, puesto *Rocinante* a su caballo y llamándose Don Quijote de la Mancha—, comprendió que para completar su misión debía: “...buscar una dama de quien enamorarse; porque el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto y cuerpo sin alma...” (I, 1, 33). Dama a quien rindan pleitesía sus oponentes, como imagina del gigante Caraculímbro que diría ante ella: “...«Yo, señora [...], señor de la ínsula Malindrania, a quien venció en singular batalla [...] don Quijote de la Mancha, el cual me mandó que me presentase ante vuestra merced, para que la vuestra grandeza disponga de mí a su talante»” (I, 1, 33). Dama imaginaria que llamó Dulcinea del Toboso, inspirada en una “...labradora de muy buen parecer, de quien él un tiempo anduvo enamorado, aunque [...] ella jamás lo supo, ni le dio cata de ello...” (I, 1, 33). Dulcinea, como dice Iventosch (1963-1964: 60), es el tercer nombre que inventa don Quijote, después del de *Rocinante* (que le llevó cuatro días), y del suyo propio (que le llevó ocho días). Su nombre, continúa este crítico, Cervantes lo creó quizás, según Menéndez Pelayo, inspirado en el nombre de un pastor llamado Dulcineo, de la novela de Antonio de Lofrasso: *Los diez libros de Fortuna de amor* (1573): “...Dulcineo ilustra

con su nombre el carácter 'dulce' atribuido al hombre que vive en el ambiente ideal de la Edad de Oro", El pastor Melibeo de Virgilio simbolizó lo 'dulce' y el carácter de lo humano en la Edad Dorada, "...los nombres prototípicos en *mel-* se fundan, sin duda, en el antiguo concepto de la miel como esencia sagrada de los dioses regalada a los mortales en la Edad de Oro [...] también es natural que el concepto se extendiera a otros nombres afines [...] La transferencia del *Dulcineo* 'pastoril' a la *Dulcinea* [...] 'novelística' equivale a la transferencia del Melibeo 'pastoril' a la Melibea 'dramática' de Fernando de Rojas (lo 'dulce' ideológico del hombre de la Edad de Oro extendido a lo 'dulce' tradicional de la mujer)" (Iventosch, 1963-1964: 61-63).² El caballero, como apunta el narrador, inventa una dama: alma de su trajinar, ante quien se postrarán sus enemigos, inspirada en una campesina. Dulcinea, que vivirá en la cabeza del orate de la Mancha, no es mujer que provoca pasión carnal; sino una dama imaginaria que desencadena suspiros y quimeras...

Don Quijote, al iniciar su primera salida, como si en verdad estuviera enamorado, reprocha a Dulcinea no permitirle haber comparecido nunca ante su presencia; y le pide, además, que se acuerde de su corazón cautivo que tantas penas de amor sufre por ella. Este 'fingirse enamorado' pareciera un absurdo a los lectores contemporáneos sobre la que se funda la historia de amor entre el caballero y su dama. Sin embargo, don Quijote procede como los poetas cortesanos en los que el amor, sentido o fingido, como lo dice Pedro Salinas, es el estado cumbre de los hombres:

[Baena, compilador del famoso *Cancionero*, sobre la condición real o simulada del poeta cortesano enamorado expresa:]... "e otro sí que sea amador e que siempre se precie o se finja de ser enamorado, porque es opinión de muchos sabios que todo hombre que sea enamorado [...]" He aquí proclamado el estado de enamoramiento como condición esencial del poeta, si bien Baena, en palabras preciosas para entender esta clase de poesía, no se cuida mucho de que el amor sea sentido o fingido. El judío andaluz autoriza ya en lengua castellana y en el siglo XV la posibilidad de distanciar la experiencia amorosa real de la poesía de amor, y acepta la ficción de amar como fuente de poesía, con el mismo título que el amor sentido verdade-

ramente. El poeta, más que un enamorado de veras, es un *representante* de la pasión amorosa; que la *represente* bien es lo que vale, ya la siente de verdad, ya se precie de sentirla, ya la finja. La convención en que estriba toda la poesía provenzal está vuelta en doctrina en las palabras de Baena [...] el que bien ama se hace, por ese simple hecho, sujeto de todas dignidades y excelencias; el amor es la escuela más elevada del hombre. (1974, 32-33)

Si don Quijote funda su historia de amor fingida sobre la tradición amorosa cortés de la España de los siglos XIV y XV, el proceder posterior con su dama si lo coloca en lo absurdo: le recrimina su ausencia desde el principio y, para colmo, le pide a quien siempre ha sido ausente, es decir, que no existe, que se acuerde que por ella se encuentra en pena amorosa.

A Dulcinea, don Quijote pide le infunda valor para vencer a dos caballeros, en realidad arrieros, que cree se le oponen a la vela de sus armas en el castillo / venta (I, 3, 44-45). Armado caballero, cree, asimismo, liberar al mozo Andrés de Juan Haldudo. Por esa "hazaña" don Quijote, en vez de gozar por ser amado de su dama como en los libros caballerescos, se congratula al decir que ella debe sentirse feliz por corresponderle caballero tan valiente (I, 4, 52). Seudo-triunfo, sin embargo, umbral de sus tres fracasos siguientes. El primero ante los mercaderes que se rehúsan confesar que Dulcinea es la emperatriz más hermosa del mundo. Ellos más bien se mofan diciendo: quizás, sea "...tuerta de un ojo y que del otro le mana bermellón y piedra de azufre..." (I, 4, 54); don Quijote, ofendido, arremete contra los mercaderes, siendo derrotado. El segundo, ocurre en el pasaje de los molinos de viento, en donde la dama invocada no impide la caída brutal de don Quijote y Rocinante. El tercero acontece en su pelea con el vizcaíno: don Quijote se encomienda a su señora y, aunque triunfa, su victoria resulta pírrica: "... esta aventura [Sancho] y a las éstas semejantes no son aventuras de ínsula, sino de encrucijadas en las cuales no se gana otra cosa que sacar rota la cabeza o una oreja menos..." (I, 10, 90). Cuando don Quijote confunde a Maritornes, quien cree ser hija del dueño del castillo, pide perdón a Dulcinea por querer serle infiel (I, 16).

Luego, antes de afrontar la pavorosa aventura de los batanes, dice a Sancho que si perece, dirá a su dama: "...que su cautivo caballero murió por acometer cosas que le hiciesen digno de poder llamarse suyo" (I, 20, 175). Finalmente, don Quijote manda al galeote Ginés de Pasamonte a rendir pleitesía a Dulcinea en agradecimiento por la libertad obtenida. El malhechor, urgido por huir, contesta socarronamente: "...Lo que vuestra merced puede hacer, y es justo que haga, es mudar ese servicio y montazgo de la señora Dulcinea del Toboso en alguna cantidad de credos y avermarías que nosotros diremos por la intención de vuestra merced..." (I, 22, 209). Presentarse ante la dama, acota, es "pedir peras al olmo" (I, 22, 209). Don Quijote, enfurecido, arremete contra Ginés pero éste y sus secuaces le magullan a golpes.

En una primera lectura que el aljamiado hace del manuscrito de Cide Hamete, éste se desternilla de la risa por una apostilla que reza: "...«Esta Dulcinea del Toboso, tantas veces referida en esta historia, dicen que tuvo la mejor mano para salar puercos que otra mujer en toda la Mancha»" (I, 9, 86). La dama imaginada de don Quijote, vituperada por los mercaderes de Toledo y Ginés de Pasamonte, es burlada en el texto árabe de Cide Hamete: ella sala carne de puercos. Recordemos que las campesinas en la España medieval y del Siglo de Oro se las describe con rasgos hombrunos, afeadas por las rudas labores del campo. Esa Dulcinea, que anota el historiador árabe al margen de su manuscrito, es una aldeana sin vestidos delicados, de piel ajena a la cosmética, sin la belleza de las damas cortesanas.

En el pasaje de los cabreros, don Quijote dice a Vivaldo que un caballero andante debe encomendarse siempre a su dama: "...digo que no puede ser que haya caballero andante sin su dama, porque tan propio y natural le es a los tales ser enamorados como al cielo tener estrellas, y a buen seguro que no se haya visto historia donde no se halle caballero andante sin amores..." (I, 13, 114). Vivaldo pide, luego, a don Quijote que describa a su señora. El caballero elabora entonces un retrato de Dulcinea que encaja con la mujer ideal del Renacimiento (I, 13, 115): Su nombre, Dulcinea; su procedencia, el Toboso, en la Mancha; y su misión, reinar en el corazón del caballero. Su cabello es del color "oro" (de belleza suma); su frente, "campos elíseos" (paraíso en el que residen sus pensamientos puros y

castos); sus cejas, "arcos de cielo"; sus ojos, "soles"; "sus mejillas rosas, sus labios corales, perlas sus dientes"; "alabastro su cuello, mármol su pecho, marfil sus manos, su blancura nieve" (galanura, fortaleza y delicadeza); los demás rasgos se hallan ocultos: "...sólo la discreta consideración puede encarecerlas, y no compararlas." El narrador pinta la dama desde una belleza imposible que apunta a lo carnal. El símbolo barroco opera en el retrato de Dulcinea, donde ella aparece como dama ideal / sensual: princesa sin par inspirada en Aldonza Lorenzo.

Para el público primitivo del *Quijote*, la descripción de Dulcinea bajo el canon de la mujer ideal del Siglo de Oro, constituía una descalificación burlesca de tal señora, aunque el hidalgo enamorado se creyera de cabo a rabo la imagen que de su dama toma de prestado de la poesía áurea. Allen (1990:851) destaca que la descripción de la dama de don Quijote es en realidad solo una "...banal serie de tópicos petrarquistas rutinarios «has the effect of reducing Dulcinea to a grotesque mosaic of sculptural materials», como ha dicho Charlotte Stern..." Vivaldo, sin embargo, no contento con el retrato de Dulcinea, pide a don Quijote el informe de su «linaje, prosapia y alcurnia». Dulcinea –contesta– no descende de la nobleza de la Roma antigua, ni de los apellidos ilustres de Cataluña, Aragón, Castilla y Portugal; ella conforma el "principio" de un linaje que no entronca con las familias poderosas de España, asentado en lugar desconocido como el Toboso (I, 13, 115-116). En otros términos, la dama carece de abolengo: reina de hecho, no por derecho, en el corazón del Caballero de la Triste Figura, solo que su fantasía libresca la erige en princesa.

Huyendo de la Santa Hermandad por ayudar a escapar a los Galeotes, don Quijote y Sancho se internan en la Sierra Morena. Allí, don Quijote, debido a la ausencia de Dulcinea, y azuzado por los celos que le despertara la historia de Cardenio, escribe una carta a su dama y la envía con Sancho, mientras él hará penitencia en la Sierra Morena a imitación de Amadís, realizando locuras iguales o aún mayores a las que efectuaran los caballeros afectados por sus cuitas. Y, como si estuviese demente por amor, dice a su señora: "...¡Oh Dulcinea del Toboso, día de mi noche, gloria de mi pena, norte de mis caminos, estrella de mi ventura, así el cielo te dé buena en cuanto acertares a pedirle, que consideres el lugar y el estado a que tu ausencia me ha conducido, y que con buen término correspondas

al que a mi fe se le debe!...” (I, 25, 238). La carta de don Quijote (I, 25, 245), copia sin embargo, según Martín de Riquer, el tópico común del epistolario amoroso de caballeros andantes: la cuita que padece el enamorado por la ausencia y el desdén de su dama:

Esta carta [...] es una imitación burlesca de las epístolas amatorias que se insertan en los libros de caballerías. Así, en el *Florisel de Niquea*: «Soberana y hermosa reina:... La salud que quitarme querías, te envía con dalla al que me la quería quitar para acrecentalla más en la obligación a tu servicio». En el *Caballero de la Cruz*: «El caballero de Cupido a la sin par princesa Cupidea da salud, si alguna me queda estando privado del resplandor de tu divina vista, con... verme agora así como alanzando de tan divino favor, no sé qué me hacer; salvo dar fin a esta mísera vida para acabar de pasar tantos males como contino padezco». En *Don Olivante de Laura*: «La princesa Lucenda a quien la ventura en su mayor alegría le mostró la más crecida tristeza, al descuidado príncipe de Macedonia la salud que con su ausencia le falta, con toda voluntad envía». Y Oriana, en el sobrescrito de la carta en que comunicó a Amadís de Gaula su decisión de no verle más (lo que produjo la penitencia de la Peña Pobre), escribió: «Yo soy la doncella ferida de punta de espada por el corazón, y vos sois el que me feristes». (Cervantes, 1999: I, 25, 265, nota 37)

Sancho, por su parte, para impedir que su amo se propine “calabazadas” en su delirio penitente, promete mentir a Dulcinea sobre los trabajos que su señor pasa por la dama, para que ella se compadezca de él: “...yo le diré tales cosas de las necedades y locuras [...] que vuestra merced ha hecho y queda haciendo, que la venga a poner más blanda que un guante, aunque la halle más dura que un alcornoque; con cuya respuesta dulce y melificada volveré por los aires...” (I, 25, 241).

Como la carta la copiará algún ‘maestro’ o ‘sacristán’ mientras Sancho se dirige al Toboso, el escudero pregunta a don Quijote quién la firmará, para que la misiva sea tenida como auténtica. Don Quijote responde a Sancho que la firma no es necesaria ya que “...Dulcinea no sabe escribir

ni leer, y en toda su vida no ha visto letra mía ni carta mía, porque mis amores y los suyos han sido siempre platónicos...” (I, 25, 242). De la hija de Lorenzo Corchuelo y Aldonza Nogales, el hidalgo lleva enamorado doce años, la ha visto cuatro veces, y ella nunca se ha percatado de su enamorado. Ante sorprendente revelación, se entabla un diálogo a modo de alegato judicial entre Sancho y don Quijote. El escudero cae en cuenta que Dulcinea es, en verdad, la campesina Aldonza Lorenzo, “...que tira de una barra como el más forzado zagal de todo el pueblo [...] que es moza de chapa, hecha y derecha y de pelo en pecho, y que puede sacar la barba del lodo [...] qué rejo que tiene, qué voz [...] Y lo mejor que tiene es que no es nada melindrosa, porque tiene mucho de cortesana: con todos se burla y de todo hace mueca y donaire...” (I, 25, 262). Don Quijote, disgustado por lo que dice Sancho, defiende la belleza de su señora porque así la imagina y “...bástame a mí pensar y creer que la buena señora Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta; y en lo del linaje poco importa...” (I, 25, 244). Y, para rematar, acota, que Dulcinea tiene dos atributos que incitan amarla: su belleza y buena fama; y él la pinta en su imaginación como quiere: “...así en la belleza como en la principalidad [...] ni la llega Elena, ni la alcanza Lucrecia, ni otra alguna de las famosas mujeres de las edades pretéritas, griega, bárbara o latina...” (I, 25, 244). Don Quijote endilga a Aldonza Lorenzo sin más razón que la sinrazón de su belleza y honor; atributos cuyo soporte es la imaginación del caballero. Hermosura y buena fama de la dama que supera a Helena, símbolo de la belleza en la mitología griega, y a Lucrecia, símbolo de la castidad en el mitología latina (Cervantes, 2005: I, 25, 244, nota 67). Dulcinea, esa señora sin pasado cortesano, se encuentra por encima de cualquier señora idealizada del mundo antiguo. Dulcinea, además, goza de honor, ideal supremo de la España del Siglo de Oro que, por un lado, destaca el talante virtuoso de la dama; y, por el otro, la buena fama que ella goza ante la sociedad. El honor de una dama española del tiempo de Cervantes tenía de soporte su conducta irreprochable, la hidalguía familiar, el cristianismo viejo de sus ascendentes, y la pureza de sangre. Dulcinea del Toboso no tenía ese abolengo, esa historia religiosa ni ese árbol genealógico.

Sancho, camino del Toboso, se percata de que no lleva la carta. Encuentra después, en la venta, al cura y al barbero y los entera del casti-

go que se infringe su señor. Los tres deciden buscar a don Quijote en la Sierra para que desista de su expiación. El cura y el barbero, junto a la pastora Dorotea, disfrazada de la princesa Micomicona, engañan a don Quijote y a Sancho para que retornen a su aldea. Camino del reino de Micomición usurpado por un gigante, según hacen creer a don Quijote, caballero y escudero tienen un altercado ya que el hidalgo no desea casar con la fingida princesa, perdiendo Sancho con ello la posibilidad de gobernar una ínsula. Zanjada la disputa, don Quijote interroga a su sirviente sobre su embajada ante Dulcinea. Sancho revela que olvidó la carta pero la hizo copiar por saberla de memoria. Sin embargo, Dulcinea no la leyó por ser ella analfabeta, la hizo tiras suplicándole dijera a su enamorado que se viniera al Toboso. Pero, don Quijote se niega cumplir la petición de su amada: antes debe ir al reino de la princesa Micomicona para vencer al gigante. Esto recuerda al caballero medieval que, antes de desposar con su amada, debía regresar de tierras lejanas prendado de la gloria de sus hazañas.

La carta de don Quijote a Dulcinea, desde su composición, corre sin remedio a la desventura: tan solo copia el tópico amoroso de las epístolas caballerescas, se redacta en un cuadernillo no apto para esa misiva, debe transcribirla alguien letrado antes de llegar a su destino, no lleva firma, es olvidada por Sancho quien, además de no entenderla, no logró memorizarla. A eso se suma que la carta nunca la entregó el escudero, y no la leyó la dama por ser analfabeta. Esta correspondencia amorosa queda condenada, desde sus orígenes, a la incomunicación irremediable.

En su tercera salida, don Quijote se dirige al Toboso para lograr "...la bendición y la buena licencia de la sin par Dulcinea; con la cual licencia pienso y tengo por cierto acabar y dar felice cima a toda peligrosa aventura..." (II, 8, 602). Don Quijote imagina a su dama en un palacio en el Toboso que ella engalana con su hermosura, mientras Sancho porfía haberla visto en un corral cribando trigo. Cuando llegan al Toboso, "...se le alegraron los espíritus a don Quijote y se le entristecieron a Sancho, porque no sabía la casa de Dulcinea, ni en su vida la había visto, como no la había visto su señor; de modo que uno por verla y otro por no haberla visto tenían los espíritus alborotados..." (II, 8, 608-609). Antes del alba, don Quijote pide a Sancho que le guíe al palacio de Dulcinea. Después de varios rodeos, el escudero revela no conocer el susodicho alcázar que don

Quijote tampoco ha visto porque el amor por su señora es «de oídas» (II, 9, 611). Don Quijote descubre que Sancho jamás entregó la carta, ni se entrevistó con Dulcinea. A pesar de quedar en evidencia de su engaño ante su señor, Sancho convence a su amo de que se oculte en un bosque antes del alba, mientras él buscará a Dulcinea por el Toboso. Sin embargo, el escudero, no entra a la villa, permanece toda la tarde al lado del camino para que don Quijote crea que él diligencia la embajada ante su princesa. Cuando Sancho observa tres mozas en sus respectivos borricos, regresa raudo donde su amo e informa que Dulcinea viene a verlo en compañía de dos señoras. Don Quijote sale presto al camino, pero solo ve a las tres campesinas, a pesar de que Sancho intenta convencerlo que entre esas damas viene Dulcinea que, por obra de unos encantadores, ha mudado su aspecto en una labradora. La supuesta princesa cae de su jumento al tratar de escapar. Don Quijote, que no atisba a Dulcinea en la moza, dice a su sirviente que a su dama "...la transformaron y volvieron en una figura tan baja y tan fea como la de aquella aldeana, y juntamente le quitaron lo que es tan suyo de las principales señoras, que es el buen olor, por andar siempre entre ámbares y flores. Porque te hago saber Sancho que cuando llegué a subir a Dulcinea sobre su hacanea, según tú dices, que a mí me pareció borrica, me dio un olor a ajos crudos que me encalabrínó y atosigó el alma" (II, 10, 622).

Bajo la promesa de hacerlo gobernador de una ínsula, la duquesa pide a Sancho le aclare una duda sobre la historia de su amo: si el escudero "...nunca vio a Dulcinea [...] ni le llevó la carta del señor don Quijote [...], cómo se atrevió a fingir la respuesta y aquello que la halló ahechando el trigo, siendo todo burla y mentira..." (II, 33, 806-807). Sancho responde que, como su señor está loco, le hace "...creer lo que no lleva ni pies ni cabeza, como fue aquello de la respuesta de la carta..." (II, 33, 807); y, además, urdió otra mentira: que su señora Dulcinea está encantada, por eso su amo no pudo verla en su esplendor y belleza cuando se la topó por el camino al Toboso; ni en la cueva de Montesinos, donde la observó con trazas de labradora. La duquesa, siguiendo la farsa, convence a Sancho de que Dulcinea si está encantada y que él se engaña al pensar haber inventado tal suceso; "...más la duquesa se admiraba era de que la simplicidad de Sancho fuese tanta, que hubiese venido a creer ser verdad infalible que

Dulcinea del Toboso estuviese encantada, habiendo sido él mismo el encantador y embustero de aquel negocio..." (II, 34, 814).

Duquesa y duque arreglan una cacería para hacer el montaje del desencantamiento de Dulcinea. En la noche, aparece un sirviente del duque disfrazado de demonio en un carruaje, diciendo a don Quijote: "...por aquí viene seis tropas de encantadores que sobre un carro triunfante traen a la sin par Dulcinea del Toboso. Encantada viene con el gallardo francés Montesinos, a dar orden a don Quijote de cómo debe ser desencantada tal señora" (II, 34, 818). Después, el mayordomo del duque, fingiendo ser Merlín, dice que, para desencantar a Dulcinea, Sancho debe darse tres mil trescientos azotes en sus posaderas. Sancho, como es obvio, se niega a infligirse castigo atroz. Pero un paje del duque, fingiendo ser Dulcinea, recrimina a Sancho por negarse al suplicio en pro de la felicidad de su amo. Merlín, por su parte, coloca al escudero entre la espada y la pared: "...o Dulcinea volverá a la cueva de Montesinos y a su prístino estado de labradora, o ya, en el ser que está será llevada a los elíseos campos, donde estará esperando se cumpla el número del vúpulo" (II, 35, 827-828). Sancho, finalmente, accede aplicarse la penitencia con algún rejo que buscará la duquesa para no lastimar demasiado sus carnes. En la carta que Sancho envía a su esposa, Teresa, con motivo de su próxima ascensión como gobernador, entre otras cosas que le escribe, cuenta su misión para desencantar a Dulcinea: "...el mago Merlín ha echado mano sobre mí para el desencanto de Dulcinea del Toboso, que por allá se llama Aldonza Lorenzo: con tres mil y trescientos azotes, menos cinco, que me he de dar, quedará desencantada como la madre que le parió..." (II, 36, 832).

En la senda final de su derrota, don Quijote, presa de la melancolía, pide a Sancho se azote de una vez para desencantar a Dulcinea: "—Si tú, ¡oh Sancho!, quisieres hacer por mí lo que yo ahora te diré, serían mis alivios más ciertos y mis pesadumbres no tan grandes; [...si] tú te desviases un poco lejos de aquí [...], echando al aire tus carnes, te dieses trescientos o cuatrocientos azotes a buena cuenta de los tres mil y tantos que te has de dar por el desencanto de Dulcinea, que es lástima que aquella pobre señora esté encantada por tu descuido y negligencia" (II, 59, 997). Sancho responde con sagacidad: "...Sepa vuestra merced que esto de azotarse un hombre a sangre fría es cosa recia, y más si caen los azotes sobre

un cuerpo mal sustentado y peor comido: tenga paciencia mi señora Dulcinea, que cuando menos se cate me verá hecho una criba, de azotes; y hasta la muerte, todo es vida: quiero decir, que aún yo la tengo, junto con el deseo de cumplir con lo que he prometido" (II, 59, 997). Don Quijote va perdiendo la paciencia al ver que Sancho no procura obrar su penitencia, hasta que un día, desesperado, intenta azotarlo mientras éste duerme plácidamente. El escudero se despierta y forcejea con su amo hasta inmovilizarlo. Luego de una breve discusión, hacen las paces bajo la promesa de Sancho de cumplir las disciplinas (II, 60, 1005-1006). Don Quijote regresa derrotado a su aldea; no obstante, sigue recriminando a Sancho su indolencia de no azotarse para desencantar a Dulcinea. Como último recurso, el hidalgo ofrece dinero a Sancho para que se aplique los azotes. Sancho, animado por el pago prometido, simula darse dos mil azotes, que en realidad caen sobre las cortezas de unos árboles, engañando así a don Quijote, que estaba en lugar apartado del bosque (II, 71).

Cualquier lector cae en cuenta de que esa flagelación es imposible de cumplir: nadie puede darse tres mil trescientos azotes sin morir en el intento. Dulcinea por ello nunca será desencantada: esperará por siempre en los campos elíseos hasta que Sancho efectúe con ese encargo irrealizable; que el escudero tampoco piensa llevar a cabo. La duquesa, con ironía burlesca, expresa su deseo de que se concrete la penitencia para que el mundo goce la hermosura de la dama de don Quijote: "...Viva mil siglos la gran Dulcinea del Toboso, y sea su nombre extendido por toda la redondez de la tierra, pues mereció ser amada de tan valiente y honesto caballero, y los benignos cielos infundan en el corazón de Sancho Panza, nuestro gobernador, un deseo de acabar presto sus disciplinas, para que vuelva a gozar el mundo de la belleza de tan gran señora" (II, 44, 880).

Stanislav Zimic es quien señala el hecho capital de que Dulcinea del Toboso no muere en la novela. Cuando don Quijote se entera que, en el apócrifo de Avellaneda, su dama lo rechaza y él decide olvidarla, el hidalgo desmiente ese acto de desmemoria: "...porque la sin par Dulcinea del Toboso ni puede ser olvidada, ni en don Quijote puede haber olvido..." (II, 59, 1000). Dulcinea, en estas líneas, entra en el ámbito de la memoria donde siempre será recordada. Sin embargo, ello sería una afirmación endeble sino lo refuerza otro suceso. Cuando el Caballero de la Blanca Luna, perso-

nificado por el bachiller Sansón Carrasco, reta a don Quijote, le propone que, para desistir del duelo, el hidalgo manchego declarará que su dama es más hermosa que Dulcinea: "...Vengo a contender contigo y a probar la fuerza de tus brazos, en razón de hacer conocer y confesar que mi dama [...] es sin comparación más hermosa que tu Dulcinea del Toboso; la cual verdad si tú confiesas de llano en llano, excusarás tu muerte y el trabajo que yo he de tomar en dártela..." (II, 64, 1045). Don Quijote, como era de esperarse, se niega abjurar de su señora, y acepta el combate: "—Caballero de la Blanca Luna [...], yo osaré jurar que jamás he visto a la ilustre Dulcinea, que, si visto la hubiérades, yo sé que procurarades no poner os en esta demanda, porque a su vista os desengañara de que no ha habido ni puede haber belleza que con la suya comparar se pueda; y, así [...] con las condiciones que habéis referido acepto vuestro desafío..." (II, 64, 1046). La justa se escenifica y don Quijote saborea su derrota definitiva en la playa de Barcelona. El Caballero de la Blanca Luna, apuntándole con la lanza, dice a don Quijote: "—Vencido, sois, caballero, y aun muerto, si no confesáis las condiciones de nuestro desafío" (II, 64, 1047). Don Quijote con valentía responde: "—Dulcinea es la más hermosa mujer del mundo y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad. Aprieta, caballero, la lanza y quitame la vida, pues me has quitado la honra" (II, 64, 1047). El de la Blanca Luna, sin embargo, da su aquiescencia a lo expresado por su rival y rehúsa ejecutarlo: "...viva, viva en su entereza la fama de la hermosura de la señora Dulcinea del Toboso..." (II, 64, 1047).

La dama de don Quijote es la más hermosa princesa que no habido antes ni habrá jamás. Y la hermosura, en la mitología griega, es el regalo más sublime que se asienta en la cima de la Tierra, presa del caos. La hermosura tuvo en Helena su más alta expresión en la Antigüedad; por ella, los griegos lucharon contra Troya para rescatarla; por ella, Héctor murió a manos de Aquiles. Hermosura que, desde el Barroco, la abandera Dulcinea desde la grandeza de los sueños y la miseria de la realidad. Belleza de Dulcinea que siendo de los vencidos, aún los vencedores la declaran. En su lecho de moribundo, don Quijote renuncia a todas sus locuras, menos a Dulcinea: ella queda viva en el relato. Sancho le suplica: "...No se muera vuestra merced, señor mío, sino tome mi consejo y viva muchos

años, porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir sin más ni más, sin que nadie lo mate y otras manos le acaben que las de la melancolía. No sea perezoso, sino levántese de esa cama, y vámonos al campo vestidos de pastores, como tenemos concertado: quizás tras de alguna mata hallaremos a la señora doña Dulcinea desencantada..." (II, 74, 1102-1103). Lo dicho por Sancho es importante si caemos en cuenta que él no creía en la existencia de la dama, e incluso tuvo palabras irreverentes para con ella. Sancho termina convencido, al apagarse la existencia de su amo, de que Dulcinea vive, y puede hallarse desencantada, en el esplendor de su belleza, en algún rincón de este mundo.

Por un lado, la dama de don Quijote es una burla a las doncellas caballerescas; pero, por el otro, la señora, inspirada en Aldonza Lorenzo, permanecerá en la memoria. Efectivamente, Dulcinea del Toboso es la imagen paródica de las damas que pululan por los libros de caballería. Dulcinea es casta como no pudo ser Oriana, no posee el recato y pundonor de las damas nobles, no asiste a su enamorado en sus aventuras ya que carece del poder vigorizante de las señoras caballerescas, la princesa del Toboso es imaginada, don Quijote nunca la ha visto, no posee la figura real de las señoras del "amor cortés". Esa doncella irreal la inspira una labradora; su origen humilde desdice de la nobleza de las señoras de Amadís, Palmerín, Belanís, etc. De la princesa manchega se burlan los mercaderes de Toledo, Ginés de Pasamonte, Cide Hamete y hasta el mismo Sancho: no inspira el respeto de las mujeres nobles. Se le retrata, además, bajo el arquetipo de la mujer ideal del Renacimiento, hiperbolizándose su inverosimilitud; y, para el colmo, carece de «linaje, prosapia y alcurnia», condición *sine qua non* de una dama de tal talante y abolengo. La comunicación epistolar entre don Quijote y Dulcinea, vital para los enamorados, fracasa. Cuando por fin don Quijote verá a su dama, la princesa ha sido encantada, el caballero no la puede contemplar en su belleza, se ha vuelto una aldeana fea y ruda. Sin embargo, el desencantamiento de Dulcinea parece plausible; no obstante, es empresa imposible.

Pero ese discurso paródico sobre Dulcinea, se vuelve una poética de amor cónsona con el lector moderno. La mera condición para que exista Dulcinea es la imaginación: ella vivirá en cada ser humano, será esculpida según el imaginario de cada persona, será versátil en medida su-

ma ya que habrá tantas dulcineas como quienes la imaginen. La dama no será admirada sólo por los círculos del poder: su figura se ha “democratizado”, si vale el término, pasa a ser propiedad común, dejando de ser un bien exclusivo. Y esa “socialización” de la dama, si vale también la expresión, se agudiza al ser inspirada en una humilde labradora. Es decir, cualquier mujer puede desencadenar la configuración de la señora más hermosa; siendo ello un canto sublime a la naturaleza, dignidad y belleza de toda mujer. La mujer noble pierde su hegemonía del encanto que subyuga al hombre, cualquier mujer puede encender esa pasión, antes propiedad de las damas de la España medieval y del Renacimiento. Pero, para destacar más esa propiedad común de la dama ideal, Dulcinea no posee «linaje, prosapia y alcurnia»; no importa su condición social, si es noble o sin linaje, solo basta con que exista para que sea tomada en cuenta para loársele como la más bella de las mujeres: la persona vale por si misma, el honor reside en el ser humano mismo sin importar parentesco, riqueza, poder, prestigio ni la opinión ajena que edificaba la honra en la España del Seiscientos. No importa, incluso, que ese amor por la mujer ideal quede en la total incomunicación, la soledad y la incompreensión: el poder sin límites de la imaginación, que es un canto a la libertad individual, basta para concebir a esa mujer grandiosa, que nutre su savia femenina del común de las mujeres, que existirá en la fantasía, la ilusión y la ficción; antídotos éstos contra la mordedura feroz de la realidad cruel. Pero Dulcinea está encantada, cautiva su hermosura en el caos de este mundo. Se necesita despertar el corazón para atisbar su belleza: propuesta esta que apuesta por el sueño contra la desilusión, la alegría contra la melancolía, la esperanza contra la desesperanza. Pero ese desencantamiento es difícil, cuesta arriba, amenazada su conquista por Sísifo. Para captar esa belleza, sepultada por la losa de las ilusiones deshechas, ha ofrendarse la vida, ser pasto del dolor, caer en las fauces de la muerte.

Como el Caballero de la Blanca Luna que, al derrotar a don Quijote creó un antihéroe más longevo, la desmitificación de la dama cortesana engendró una mujer más bella y perdurable, parecida a cualquier mujer de nuestras ciudades, pueblos o campos. Mujer sin igual que cada quien la moldea a su gusto, medida e ilusión; no parecida a otra, única e irrepetible. Dulcinea se conforma así en la quimera más hermosa del mundo mo-

dermo, recreable con la imaginación de los hombres comunes y corrientes, sabedores más de tristezas y derrotas que de triunfos y aclamaciones. ¡Enhorabuena por esa dama singular que nos legó el manco de Lepanto! que, quizás, puede estar desencantada detrás de algún arbusto, como dijera Sancho a su señor don Quijote que, sin remedio, se moría en su lecho de cordura.

NOTAS

- ¹ En adelante se reseña entre paréntesis la página en número arábigo en caso de cita de los “preliminares”; en número romano I o II en caso de cita de la primera o de la segunda del *Quijote* respectivamente, más los números arábigos de capítulo y página(s) de la edición: Cervantes, 2005.
- ² “No hay que acudir para nada a los esoterismos del siglo pasado [siglo XIX], que llegaron a desbarar al punto a entender a Dulcinea a través de su anagrama de *Dina Luce*, para explicarnos en nombre de la dama de los pensamientos de don Quijote. Ha sido Rafael Lapesa quien [...] ha estudiado el nexa que, en la mente de don Quijote, unía el nombre de Aldonza al de Dulcinea. El étimo de Aldonza es visigótico *Aldegundia*. En la alta Edad Media comenzó a divulgarse el nombre culto latino de *Dulce*. Hacia el siglo XII, «el nombre de *Dolza*, exótico, pero claramente significativo, consumó la atracción semántica sobre *Aldonza*, *Eldonza*, que fueron como sentidos como variantes vulgares de los cultos *Dulcia*, *Dulce*». Don Quijote de la Mancha, caballero medieval redivivo, identificaba *Aldonza* con *Dulce*, y en consecuencia, él forma el nombre, que asimismo ha pasado a la fama, de Dulcinea no directamente sobre *Aldonza*, sino sobre su equivalente *Dulce*. Y Lapesa termina su erudita y contundente demostración con estas palabras, que hago mías: «*Dulcinea* cumplía todos los requisitos exigibles: poseía suave musicalidad; mantenía con *dulce* un contacto significativo, pero desmaterializado, referible sólo al detectamiento espiritual; y se situaba en el mismo plano de vaguedad y lejanía de *Floricea*, *Arbolea*, *Claricea*, *Febrea* y otros nombres de heroínas celebradas por la novela y el teatro del siglo XVI.» (Avalle-Arce, 1976: 215-216)

BIBLIOGRAFÍA

- Allen, Jhon J. (1990). El desarrollo de Dulcinea y la evolución de don Quijote. *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXXVIII, 2, 2, pp. 849-856.
- Avalle-Arce, Juan Bautista. (1976). *Don Quijote como forma de vida*, Fundación Juan March, Valencia [España]: Editorial Castalia, 1976, 294 p.
- Cervantes, Miguel de. (1999). *El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*, Edición, Introducción (LXXXIV p.) y Notas de Martín de Riquer de la Real Academia Española, Edición especial para El Nacional (Caracas), España: Ediciones Planeta S. A., Tomo I, 545 p.
- _____. *Don Quijote de la Mancha*, Presentación: Mario Vargas Llosa, Francisco Ayala, Martín de Riquer y Francisco Rico (LXXV p.), Edición y notas: Francisco Rico, Edición del IV Centenario, Real Academia Española. San Pablo [Brasil]: Asociación de Academias de la Lengua Española, 2005, 1249 p.
- Iventosch, Hermann. (1963-1964). Dulcinea, nombre pastoril. *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XVII, 1-2, pp. 60-73.
- Maestro, Jesús G. "Cide Hamete Benengeli y los narradores del «Quijote»". Biblioteca Cervantes virtual. www.cervantesvirtual.com obras y autores clásicos» Miguel Cervantes» Estudios» Catálogo. [Estudio consultado en Internet y luego impreso el 20-05-2005].
- Salinas, Pedro. (1974). *Jorge Manrique o tradición y originalidad*, Primera edición, Barcelona [España]: Editorial Seix Barral S. A., 218 p.

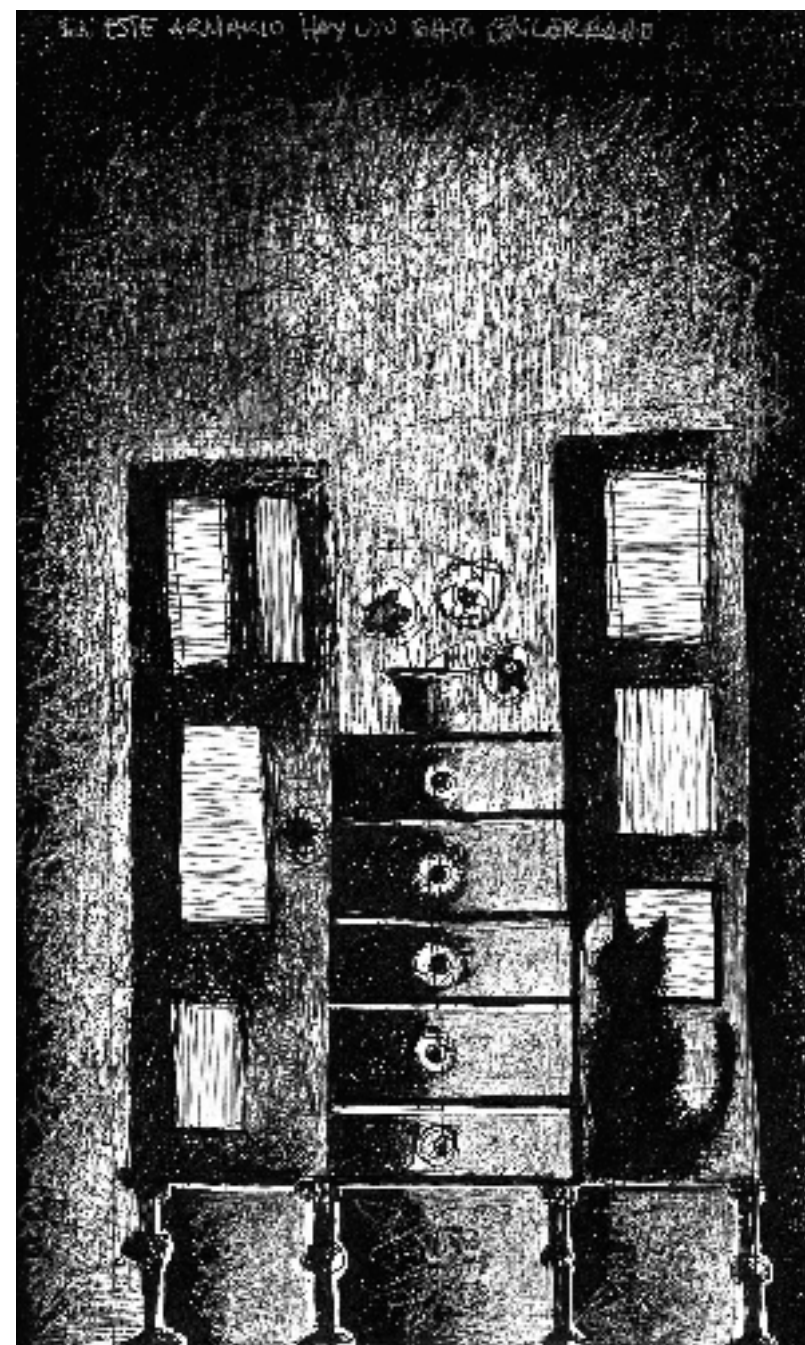


Ilustración: Susana Suniaga